

PARTE
UNO

I

—Mamá... Como le digas a ALGUIEN que me gusta Kayle Harvey, te clavo un cuchillo en el chocho.

—Pues vale. Tampoco es que últimamente lo esté usando demasiado.

Me encantan nuestras agradables conversaciones entre madre e hija. Por primera vez en dieciocho meses, Amelie ha confesado una emoción que no es aburrimiento, y ahora se arrepiente del poder que cree que me ha dado. ¿A quién se lo voy a contar? ¿Por qué me iba a molestar? ¿Cree que no tengo nada mejor que hacer que pasarme el día hablando de ella?

—En serio, mamá. Es que lo haces siempre. Crees que mi vida es divertida... Pues no es divertida. Me avergüenzas.

—Lo añadiré a la lista.

—¿A qué te refieres? ¿Qué lista? ¡No le des la vuelta para acabar hablando de ti!

—Nunca me atrevería. No permita Dios que haya algo durante cinco minutos que no gire a tu alrededor.

—Y no tienes ninguna lista.

—Sí que tengo una. Apunto todas tus críticas constructivas. Es una lista larguísima y espantosa de mis defectos, que me he propuesto recordar con la esperanza de evitarlos en el futuro: mi manera de reír; mi manera de reír a menudo dos veces por la misma broma; mi manera de reír cuando saludo a alguien por la calle, ¡sin razón aparente!; mi manera de hablar, de hacerme las cejas, de dejarme pelitos cuando me depilo las piernas, de bailar, de cantar a gritos en el Tesco, de ver en la

tele programas muy tristes, de no tener gusto con la ropa, de repetir las historias tres veces. Mi manera de respirar.

—¡Es que respiras SUPERFUERTE!

—Ya lo sé. Soy una persona horrible. No volverá a suceder.

—Genial.

Me han arrastrado a las arenas movedizas de ser madre de adolescentes sin mi consentimiento. Pensaba que ya había pasado lo más difícil. Ahora saben lavarse las manos solos (y a veces lo hacen y todo), saben comer por sí mismos (Choco Krispies) y se los puede dejar solos sin que la casa termine ardiendo (por ahora). Y eso era lo complicado, ¿verdad? Conseguir que durmieran, comieran, caminaran y hablaran. Pues no. Resulta que no era lo complicado. Lo complicado se vuelve más complicado día tras día al intentar que se despierten, que dejen de zampárselo todo, que se sienten y cierren la boca de una puta vez. Es imposible que haga nada sin que alguien me necesite para que haga algo en su lugar.

Y por eso este año he empezado a escribir un blog. Me estoy volviendo loca. Ya he dejado de responder a los «mamá» porque después de esa palabra nunca viene nada bueno, así que ahora les ha dado por llamarme por mi nombre para así llamar mi atención.

—¡Ciara! —gritan en el piso de arriba, en el de abajo, en público, en el coche—. ¡Ciara! ¡Necesito más dinero para la comida! Ciara, ¿dónde están mis calcetines? Ciara, ¡te DIJE que tenía que entregar esa autorización! ¿Dónde está? ¿Ciara? ¡¡¡Ciara!!!

No estoy bien.

Hago una mueca de dolor ante cada portazo, ante cada grito y cada ruido inesperado. Doy un brinco como si fuera una víctima de neurosis de guerra. Padezco un trastorno por estrés

traumático constante. Necesito coger un poco de perspectiva antes de que me lleven a un centro de cuidadores que ya no pueden más. O antes de que mis hijos me maten.

O que yo los mate a ellos.

Por tanto, en lugar de asesinar, me dispongo a escribir. Siempre me ha gustado. Mi carrera de Filología Inglesa está muy desaprovechada, por no hablar de los diez años que trabajé en una pequeña editorial. A eso me iba a dedicar para siempre..., hasta que apareció Martin, me pilló con la guardia baja tras haber conocido a demasiados gilipollas, y aquí estoy ahora: escondida en las afueras, casada y madre de tres hijos. No trabajo. No hace falta porque Martin gana suficiente dinero y odia las tareas domésticas. Es un inútil en casa. Un inútil muy listo. Se le quema todo —la comida, la ropa que plancha, los niños—, pero le gusta que las cosas estén impecables. Pensé en volver a trabajar, pero la guardería era muy cara y a Martin no le hacía gracia la idea; creía que me arrepentiría de dejar a los niños tan pronto. ¡Ja! En aquel momento no teníamos ni idea de que era mi última oportunidad para reintegrarme en el mundo laboral. Oportunidad perdida. Caducada. Y ahora estoy a cargo de tres adolescentes a quienes les trae sin cuidado si estoy en casa o no. Ni siquiera quisieron contratarme en el hipermercado Asda. Estoy «demasiado cualificada». Además, no quiero trabajar los fines.

La vida es muy diferente de lo que se imaginaba mi yo universitaria —manifestaciones, protestas y sentadas por el derecho al aborto, los derechos del colectivo gay o los derechos civiles—. Así es como pasaba el tiempo libre entonces. Creía que acabaría la uni, viviría en una comuna, escribiría una novela sobre una utopía feminista e iría de festival en festival. Creía que a estas alturas ya habría visto mundo, y no solo intermina-

bles campamentos húmedos en la Normandía francesa. Lo último que quería era una vida que se pareciera a la de mi pobre madre: encerrada en casa con una lavadora de dos tambores y la cabeza repleta de sueños. En consecuencia, voy a escribir este blog, y si es bueno quizá hasta lo publique. Es la única arma que nos queda a las mamás modernas, ¿no? Cuenta las penas en tu blog. Ríe y el mundo reirá contigo. Lloro y llorarás tú sola. Utilizaré mi blog para pintar un retrato fidedigno pero actual y agudo sobre una familia apenas funcional, un retrato con el que se sentirán identificadas y con el que empatizarán las mujeres como yo. Tejeré el texto. Lo vomitaré. Haré que sea breve, divertido y edificante. Le pondré por título algo como...

¡¡MATADME YA!!

O...

¡¡Las mamás depres al poder!!

O quizá...

¡¡Mamás que molan y lo petan a saco!!

Y será estupendo porque ayudará a otras mujeres que, como yo, a veces piensan: «¿Y ya está? ¿Eso es lo que soy ahora, una mujer con las raíces canosas y muchas arrugas, sin ganas de vivir, que se siente una bayeta usada?».

Aquí empieza, pues. Mi primera entrada. Incluso he comprado el dominio. ¡Sí! ¡Por fin tengo un dominio propio! Mi proyecto de empoderamiento comienza aquí.

BLOG 1. Cuestión de bragas

El drama de esta mañana es cortesía de mi hija. Tiene 15 años, es alta, morena y una cotorra. Me lo roba todo, es vegana a veces (solo cuando resulta inapropiado) y cronista de mis fracasos. Está junto a mi puerta, quejándose de que se ha encontrado fatal toda la noche.

—¡Me he tirado un pedo y se me ha escapado un poco de caca! —se lamenta, y de algún modo hace que parezca mi culpa—. Creo que no debería ir al insti. ¿Me traes un poco de agua?

Me tambaleo hasta el baño para hacer pis, y allí encuentro mis bragas nuevas de marca en el cesto de la ropa sucia, con la sombra del pedo con regalito. ¿Es una estupenda metáfora de lo que significa ser madre?

¿A quién quiero engañar?

No puedo escribir eso. Nadie quiere leer sobre adolescentes que casi se cagan encima, ¿verdad que no? Ni sobre mujeres que se escabullen en el cuarto de baño y ahogan su llanto hundiendo la cara en una manta de Disney. La gente quiere leer acerca de bebés monísimos y mamás que compiten durante la venta de tartas/el día del deporte/el reparto de papeles de la obra de teatro de Navidad. Quiere leer acerca de una desesperación falsa, no acerca de la auténtica crisis existencial que te revuelve el estómago.

Si escribo un blog..., no lo leerá nadie más que yo.

Lo escribo para mí.

Lo escribo para divertirme.

Lo escribo para prevenir la demencia.

Lo escribo para no acabar loca de remate.

Si una mujer escribe un blog y nadie llega a leerlo..., ¿puede devorar un KitKat y echarse una siesta monumental?

No escribiría sobre cosas como... A veces odio mi vida, de verdad. Casi siempre. Tengo cincuenta años y estoy jodida. Mi marido apenas repara en mi existencia. Mis hijos creen que mi forma de respirar es irritante, y la última vez que un hombre me miró con algo parecido al deseo fue en 1989, cuando el «Like a Prayer», de Madonna, estaba en el número

uno. Como dices en la canción, Maddy, la vida es un puto misterio.

O sea, que es imposible que llegue a publicar mi blog. Será una especie de terapia, pero más barata. Intenté ir a terapia. Hace dos años fui a una encantadora doctora alemana y empecé a llorar. Le dije que creía que estaba menopáusica y me preguntó que por qué lo creía.

—Porque quiero matar a mi familia —sollocé.

—Ajá... Y ¿cómo consigues evitar matarlos? —me preguntó mientras daba golpecitos en el teclado.

—Con vino —dije. Y no sentí ni un pelín de vergüenza por parecer no solo una chalada, sino también una alcohólica.

—¿Has probado el yoga? —me preguntó sin parar de tamborilear.

La madre que me parió. No he conocido a una sola profesora de yoga que no sea una capulla integral. Son nazis superflexibles con sujetador de deporte.

Me quedé allí sentada, llorando y sudando, mientras la doctora me preguntaba sobre autolesiones y pensamientos suicidas, y me hablaba de respirar hondo. Qué vergüenza. Quería que tomara antidepresivos, porque creía que estaba premenopáusica.

—Parece el nombre de un grupo de música. ¡Premeno Páusica! —bromeé entre sollozos. Rechacé las pastillas. La doctora me dijo que mantendrían a raya mi estado de ánimo y atontarían un poco mis sentimientos. Le dije que no podía sentirme más atontada.

Así que me propuso terapia.

Me pasé ocho meses pagándole sesenta libras a la semana a una tal Angela para que me dijera que tenía la autoestima baja.

No me jodas.

Lo probé todo para dejar atrás el colapso de la menopausia. Fui a herbolarios, a acupunturistas, incluso a un maldito chamán porque Jude, la única amiga que me queda del colegio, me dijo que, a pesar de mi desconfianza patológica hacia cualquier cosa que se acerque remotamente a lo jipi, valía la pena intentarlo para ahorrar en ropa de cama, cursillos para aprender a controlar la rabia y abogados de divorcio. Me contó que, para ella, aplicar la técnica de aullar a la luna en un campo de Devon mientras bebía chupitos de tequila supuso un antes y un después en su menopausia.

Jude me dijo que está tan empoderada gracias al trébol rojo, la hierba de San Juan y la sanícula olorosa —sus tripas deben de parecer un prado silvestre— que es incluso más productiva ahora que cuando tenía veinte años, nos abandonó a todos y se mudó a Singapur para llevar más o menos las riendas de un banco. Ahora ha vuelto, vive en un molino en el culo del mundo, cerca de un río y de las rarísimas orquídeas que crecen en un invernadero. Le sigue gustando su marido y no han tenido hijos, así que ella gana. Si tengo suerte, la veo una o dos veces al año.

La última fue en el funeral de mi madre, donde lloró casi tanto como yo al recordar las tostadas que nos preparaba de madrugada cuando, aun siendo menores, volvíamos a casa borrachas como una cuba. Fue genial que me acompañara en ese momento. No la he visto desde entonces, claro, porque siempre tengo mucha plancha y mis hijos necesitan que les unte las tostadas con mantequilla por las mañanas. Y Martin es un inútil. Si me fuera a pasar la noche por ahí, entraría en pánico y obligaría a todo el mundo a usar platos de papel por si se cargaba el lavavajillas.

Hoy por hoy, Jude y yo básicamente nos mandamos mensajes. Me cuenta historias divertidas sobre los habitantes del pueblo en el que vive o me envía vídeos de jóvenes autóctonos destrozando parterres de flores. Yo le mando las estadísticas de crímenes de Londres y anécdotas acerca de mi doctora alemana, que no puede pronunciar la erre, así que me pregunta si mi vagina sigue «gueseca».

En serio, seguro que, si los hombres tuvieran la menopausia, en las farmacias habría toda una parafernalia para ellos, en lugar de unas pastillas asquerosas y esos parches que provocan cáncer y no sirven para nada. No se publicarían esos irritantes artículos que aseguran que la menopausia es la mejor etapa de la vida gracias al puto té verde y a las respiraciones profundas. ¿Por qué será que, siempre que pasamos por algo —ya sea la regla, la depresión posparto o el bajón de la menopausia—, alguien nos dice que en realidad es culpa nuestra? ¿Que sencillamente no intentamos estar bien con todas nuestras fuerzas?

BLOG 1 BORRADOR 2: Un día de niebla

Una de las bromas más crueles de la Madre Naturaleza es que nuestras hijas se vuelvan mujeres voluptuosas justo cuando nosotras pasamos a ser una cáscara repugnante y marchita. Día tras día, mi hija es más alegre, brillante y deseable, y yo más flácida, sosa e invisible. Soy como la niebla. Como la niebla densa y gris de una mañana de febrero. Mi hija es el amanecer de un día de primavera, toda luz y diversión, que huele a hierba recién cortada...

No. ¿Qué estoy diciendo? ¿Que compito sexualmente con mi hija? Qué grima.

Necesito recuperar algo. Para mí. Mi espacio. Mis pensamientos. No sus metas, sus necesidades, mis cosas en su habi-

tación. Voy a ganar yo. Las palabras son más poderosas que los poros abiertos.

Haré de este blog mi diario. Nadie se va a enterar. Será mi parcela propia, mi isla privada, mi imperio sin conexión en el triste y solitario reino de mí misma.

Estupendo.

Oigo a mis hijos dándose de hostias y gritando «POLLA» repetidamente. Me tengo que ir.

BLOG 1 BORRADOR 3: Cómo ganarse el desayuno: mis hijos. ¿Por dónde empezar?

Puede que la conversación de esta mañana sea el ejemplo perfecto para ilustrar la situación. Después de que mi hija intentara mandar mi reputación al garete, me he visto necesitada de cierta afirmación positiva y me he dirigido a mis gemelos, que son idénticos y tienen trece años. P es desgarrado, pesado, tiene cuatro pelillos en el bigote y pestañas casi albinas; L es casi igual, pero un poco más fornido y majete, aunque sigue siendo igual de imbécil.

—¿Cuál es la lección más importante que os he enseñado?
—les pregunto mientras tiro coquetamente al cubo de la basura la comida seca del gato.

Los dos están sentados frente a la encimera de la cocina con cara de sueño, comiendo lo que tan solo puede describirse como un tanque de Choco Krispies. Reflexionan sobre mi pregunta durante unos segundos, mientras mastican como un par de becerros pensativos. P me mira a los ojos, impávido.

—Ir al baño si crees que te vas a cagar encima.

¿Y esta afición de mis hijos por la escatología?

—No muerdas a la gente si estás enfadado —interviene L.

—A ver, qué duda cabe de que son consejos muy valiosos, pero esperaba que me dijerais algo con un poco más de profundidad.

Mi hija —A— ha entrado en la cocina porque le sobran unos minutos antes de perder el autobús y se afana en meter cerezas en un táper diminuto para la hora de comer («Nadie come ya en plan primer y segundo plato, mamá. ¡Es DE CAJÓN!»).

—Me has enseñado que, aunque la situación sea muy chungu, tengo que dar el cien por cien porque es lo único que podemos hacer en esta vida —dice ella. Ni siquiera emplea su tono sarcástico. Siento una oleada de orgullo. Por lo menos uno de mis hijos me escucha, asimila mi sabiduría y mi confianza en el esfuerzo sin un exceso de presión. De tal palo, tal astilla.

Y luego me pide veinte libras. Es el cumpleaños de alguien del instituto, y eso significa que debe comprar globos, tarjetas, regalos y helados. Todo financiado por mí. Es imposible que gaste su propio dinero; eso lo necesita para comprar carísimos productos de maquillaje para las cejas, camisetas con precios abusivos y «pulseras» de tela en tiendas mal iluminadas en las que debes hacer cola para entrar. Sabe que tiene que lamerme el culo porque anoche le confisqué el móvil (por lo visto, un acto que contravenía de pleno sus «derechos humanos reales») y sabe que no me voy a rendir sin pelear. Es lo único que me da algo de poder en esta casa.

He oído que hay hogares en que todos los dispositivos se colocan sobre la mesa de la cocina hasta que se hayan terminado los deberes/se haya practicado con el piano/se haya colgado en el armario el uniforme del instituto y se hayan tachado las tareas pendientes de una pizarra tan eficiente como bonita. Son gente odiosa, así que fuera. O sea, en serio: ¿qué familia funciona así?

¿Terminar los deberes? A mis hijos les encanta pasarse tres

horas con un trabajo sobre las diferentes formas de la pasta —una tortura inútil que un niño de seis años finiquitaría en cinco minutos— porque saben que me revienta que sean lentos.

¿Tocar el piano? Todos los niños odian las clases de piano, y los obligamos a aprender para mitigar la ansiedad adulta de no haber logrado todo lo que se supone que deberíamos haber logrado y ya no tenemos tiempo de conseguir. En mi familia, se practica el piano cinco minutos antes de la clase, pero con eso no vamos a ningún lado. Tiene la misma trascendencia que si los dejara dormir hasta tarde un sábado por la mañana y me pusiera a quemar billetes de veinte libras en el fogón mientras escucho a Graham Norton en la radio.

¿Colgar el uniforme del instituto en el armario? Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Un momento.

Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

El uniforme lo lava, lo plancha y lo cuelga la misma persona: servidora. Cada noche se forma la misma montaña (con la ropa interior todavía dentro de los pantalones). He pedido, rogado, implorado y amenazado, pero no ha servido de nada. Me he resignado a pasar otros cinco años dándoles la vuelta a las mangas de las americanas.

¿Las tareas? No soporto discutir. Prefiero vaciar yo misma el lavavajillas que escuchar cómo se promulga de nuevo el Tratado de Versalles en mi propia cocina. Se les da de vicio esquivar cualquier mención sutil a una tarea.

—¿Me devuelves el móvil, mamá, porfa? —Y me sonrío.

—¿Has desayunado? —le pregunto en una burla inocente. Ja. Acabo de lanzar otro guante.

En lo que a comida se refiere, los adolescentes solo se comportan de dos maneras: o devoran todo lo que encuentran en la

nevera cinco minutos después de que haya colocado la compra. Tragan cualquier combinación de comida en un orden aleatorio, además de cuencos de cereales cada hora. ○ se niegan a comer emitiendo un resoplido de desagrado.

Mis hijos antes se lo comían casi todo, pero ahora es difícil recordar quién odia la mayonesa, quién no tocará jamás un tomate, quién detesta el chile o quién no comerá nada que no sea de color blanco. Les preparo y empaqueto la comida a diario (intentamos lo de comer en el cole, pero se dedicaban a engullir dónuts), y se ha convertido en una media hora que me aterra. De las 7:15 a las 7:45 me encontraréis delante de la tabla de cortar, observando con hostilidad veinte rellenos diferentes de bocadillos que han desdeñado con un: «Qué asco». Mi hija es la peor. Ha caído presa de la obsesión de las Kardashian y de Instagram por la «comida limpia» —que, en su cerebro adolescente, significa beber zumos verdes y solo comer *pizza* tres veces a la semana—. Estas manías las llevo fatal. Más abajo os adjuntaré tres transcripciones: MALA MADRE (que es lo que ocurre en realidad), BUENA MADRE (lo que a mi hija le gustaría que ocurriera) y LA MEJOR METODOLOGÍA EDUCATIVA (lo que debería ocurrir).

GUIÓN DE LA MALA MADRE:

YO. (Gritando hacia la segunda planta). ¿Quieres un bocadillo de pollo para comer?

ELLA. (Inmersa en su sesión de 45 minutos para maquillarse las cejas). ¿Qué?

YO. ¿Quieres un bocadillo de pollo asado para comer?

ELLA. No.

YO. ¿Jamón?

ELLA. No.